

Los intelectuales y sus opciones en la década de 1920

SUSANA BIASI¹

Resumen

Este trabajo intenta presentar algunas de las alternativas que enfrentan los intelectuales argentinos durante la década de 1920, período en que se cuestionan los valores fundantes de la sociedad occidental en su conjunto.

Los cambios en la estructura política e ideológica, el fracaso del ideal democrático representativo, y el surgimiento de sistemas autoritarios, tanto fascistas como comunistas, demandan respuestas del campo intelectual, tanto en Europa como en América Latina.

En nuestro país, las figuras consagradas tienen que procesar el derrumbe de las certezas sobre las que habían construido su prestigio, mientras que las nuevas generaciones adoptan las influencias iconoclastas que provienen de los centros de la experimentación artística con gestos desafiantes, pero no logran una expresión propia, liberada de las modas del período.

¹ Universidad del Salvador.

Palabras clave

Posguerra - Autoritarismo - Movimientos - Experimentación - Juventud - Rebeldía.

Abstract

This article tries to introduce some of the alternatives posed to the Argentine intellectuals during the 1920's, period in which the basic values of the western society as a whole are in question.

The changes in the political and ideological structure, the failure of the representative democracy ideal and the upsurge of authoritarian systems, such as fascism or communism, demand answers from the intellectual field, in Europe as well as in Latin America.

In our country, the well-established figures have to process the downfall of the certainties on which they had built their prestige, while the new generations adopt the iconoclastic influences coming from the centers of artistic experimentation with defiant gestures, but they do not achieve an expression of their own, free from the fashions of the period.

Key words

Postwar - Authoritarianism - Movements - Experimentation - Youth - Rebelliousness.

El marco temporal

En el curso de las décadas de 1920 y de 1960 se producen notables movimientos de transgresión, innovación, crítica, compromiso, transformaciones en todos los ámbitos. En ambos períodos hay una gran desilusión respecto a la democracia liberal y asimismo, se idealizan las posibilidades liberadoras de la máquina –como se dice en los 20, o la tecnología, como se expresa en los 60.

Durante la década del 20 surge la cultura de masas, que, a pesar de las fronteras materiales entre las clases, posibilita niveles de disfrute de

bienes culturales como nunca antes, aunque, de acuerdo a la lógica capitalista, el acceso es desigual, tanto en el interior de cada una de las sociedades como entre éstas en la escala planetaria.

Los 20 y los 60 comparten en Occidente la exaltación de la utopía y la imaginación. En 1924 aparece el *Manifiesto surrealista* de André Breton. En Europa, la ciudad descollante del período es Berlín, que representa la máxima encarnación de la modernidad. Junto con París, son las ciudades-símbolo con una vida artística rica y diversa sin igual. Como ejemplo se puede mencionar la síntesis de arte e industria del Bauhaus (1919-1933); y recordar que los 20 son también los años de Le Corbusier.

Este período llamado “Los años locos”, tiene un fuerte impacto en el sistema de valores de las personas, se rompen los moldes rígidos de la moral victoriana. Y se reconocen nuevos roles a las mujeres en la sociedad. Así son numerosos los países en que se reconoce el derecho al sufragio femenino: Unión Soviética, Canadá, Gran Bretaña, Austria, Polonia, Alemania, Checoslovaquia, Estados Unidos.

Las innovaciones y esperanzas van a terminar en una gran frustración. La Sociedad de las Naciones comienza a sesionar en noviembre de 1920, afirmando un proyecto optimista de búsqueda del desarme mundial, respeto por la independencia nacional, negociación y arbitraje. En 1929, en vísperas del estallido de la crisis financiera se firma el pacto Kellogg-Briand, que propone un avance decidido en el camino de la abolición del conflicto armado.

En el año 1924 en pleno desarrollo de la Nueva Política Económica muere Lenin, siendo sucedido en la secretaría del Partido por Stalin. Mussolini en Italia, dispone la abolición de todos los sindicatos no fascistas. En Gran Bretaña Mac Donald forma el primer gabinete laborista. Coolidge es elegido presidente de los EEUU y el plan Dawes trata de hacer viables las imposiciones del reciente tratado de Versailles.

Un oscuro pintor de brocha gorda, ex cabo de los ejércitos de los imperios centrales, es condenado a 5 años de prisión por sus actividades subversivas en Alemania y a fin de año, indultado. Pero su nombre está aún muy lejos de los grandes titulares. En España domina Miguel Primo de Rivera, a quien su desterrado tocayo, Unamuno, calificará despecti-

vamente de dictador verbenero, aludiendo a la zarzuela, considerada un género menor inspirada en un modelo operístico, en este caso Mussolini, quien acaba de hacer asesinar al líder socialista Mateotti.

Se desencadena la guerra civil en China, que motivará a Trotski a llamar a Stalin organizador de derrotas. El dirigible Graf Zeppelin hace por primera vez el viaje de Europa a América.

1925 se inicia con la estabilización de la moneda en Austria luego de la inflación más pavorosa de todos los tiempos. Muere en China, Sun-Ya-Sen, patriarca de la revolución republicana y el Mariscal Hindenburg es proclamado presidente de la República Alemana. Las tropas aliadas comienzan la evacuación de la región del Ruhr, y las kabilas rifeñas se alzan al mismo tiempo contra el imperialismo monárquico de España y democrático de Francia. Los drusos se sublevan en Siria.

Se celebra la reunión de Locarno, en otra de las tantas tentativas para superar los conflictos derivados de los acuerdos de Versailles, y por primera vez intervienen en una reunión de este tipo los diplomáticos rusos. Se anuncia el tratado comercial germano-ruso.

Al año siguiente sigue cundiendo el contagio fascista: Pangalos se proclama dictador en Grecia y el mariscal Pilsudski en Polonia. En Italia se crean los balilas y en Inglaterra una huelga total paraliza por varios días la vida económica del país. Francia estabiliza su moneda en los francos "Poincaré", y en una significativa, aunque insuficiente manifestación de buena voluntad, se reúnen Stresemann y Briand para tratar de superar el viejo antagonismo franco-germano. Alemania entra, finalmente a formar parte de la Liga de las Naciones.

En el año 1927 se levanta el control militar aliado sobre Alemania, Mussolini impone su carta di lavoro, Chiang-Kai-Sek se convierte en señor del gobierno de Nanking, Inglaterra decide romper sus relaciones con Rusia por la propaganda comunista que se hacía desde su embajada en Londres y Rusia, a su vez, corta sus relaciones con China.

Los años 20 se definen como contestatarios. La Gran Guerra implicó la ruptura de los paradigmas, ideas y concepciones sobre la sociedad que habían predominado en el "largo" (según la cronología de Hobsbawn)

siglo XIX, los supuestos fundantes de la política liberal, la idea de “civilización” misma estaban en discusión.

En el plano de las ideas, la ampliación de las tendencias filosóficas idealistas, relativistas, sensualistas, novomundistas, se relacionan con cierto espíritu “agónico” residuo de la guerra. En los 20 parece no haber fronteras para el pensamiento.

Los artistas se lanzan decididamente a la experimentación. En la pintura se producen las innovaciones del art deco, el surrealismo, etc. En literatura se publican en este período obras que constituyen puntos de partida de nuevas aventuras expresivas. Entre muchos otros podemos mencionar el *Ulises* de James Joyce, *La tierra baldía* de T. S. Elliot, *El Proceso* de Kafka. En 1923 Jean Piaget publica *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, trabajo que ejercerá una gran influencia sobre las teorías educativas.

La década de 1920 en América Latina

Los 20 son años de florecimiento cultural e intelectual, de audacias del pensamiento, de esperanzas en el futuro. Las tendencias conceptuales, estéticas y filosóficas, se multiplican, en una búsqueda permanente que no tiene contornos bien definidos, pero alientan un desarrollo cultural e intelectual muy intenso. Este apasionado indagar y experimentar también va a tener una dimensión política. Los intelectuales latinoamericanos van a intentar generar un pensamiento a la vez original y de validez universal.

Los movimientos políticos del período están generalmente conducidos por las clases medias urbanas, y esencialmente demandan la extensión del derecho de ciudadanía y la participación en la toma de decisiones. En Argentina, Uruguay y Chile se consolidan experiencias de ampliación de la base de poder estatal. En Brasil la insurrección tenentista comienza a preparar los cambios de la década siguiente.

En México se institucionaliza la revolución. Se produce la nacionalización del petróleo. Cuando Calles es elegido presidente, la legislación anticlerical provoca la sublevación de los cristeros.

Se soluciona por arbitraje el viejo pleito entre Chile y Perú por la cuestión de Tacna y Arica, pendiente desde la guerra del Pacífico. En el resto de América Latina predominan los regímenes excluyentes y dictatoriales (Leguía en Perú, Gómez en Venezuela). Los países de Centroamérica y el Caribe están sometidos a la doble presión de los enclaves económicos y la geopolítica de los EEUU.

A través de autores tales como Spengler o Keiserling se produce el encuentro con una América Latina vital y sensual. Los ensayos rescatan lo rural, lo étnico, lo telúrico, en combinación con los temores producidos por los efectos disgregadores de la modernidad, por lo que lo rural (sublimado nostálgicamente) se convierte en una vía posible para la definición del continente.

En el período de entreguerras parece haberle llegado al pensamiento latinoamericano la hora histórica de acceder a la autorreflexión, en clave filosófica. La personalidad latinoamericana atrae al espíritu novomundista, que Ortega y Gasset y Waldo Frank asocian al telurismo y a la vitalidad de un paisaje resultado de un choque de culturas que tiene que encontrar su síntesis.

Estas incitaciones provocan, desde la perspectiva latinoamericana, una fuerte apuesta por América Latina y su venturoso futuro, que necesariamente está asociado a modificaciones estructurales, a la revolución. Los jóvenes de la Reforma Universitaria de 1918 hablan de una "hora americana".

Toda esta agitación cultural redimensiona espacios tales como el de las revistas literarias y políticas. *Claridad* aparece en varios países del subcontinente; su mentor original, el novelista francés Henri Barbusse, es considerado por Mariátegui el paradigma de un nuevo tipo de intelectual, ese que debe comprometer todo su esfuerzo en la lucha por el nacimiento de una sociedad nueva.

Los jóvenes universitarios

El movimiento estudiantil universitario, va a tener una enorme influencia sobre la formación de políticos e intelectuales enrolados en las corrientes críticas del período. Para quienes lo constituyen, la universidad y la cultura deben estar al servicio del pueblo, premisa que sirve de fundamento para la creación de numerosas “universidades populares”, la primera de las cuales –establecida en Lima en 1921– proclama en su lema no tener “otro dogma que la justicia social”.

La Universidad latinoamericana va a cuestionar al orden que le dio origen y legitimidad. En 1921 se reúne en México el I Congreso Internacional de Estudiantes, en el que, bajo la influencia de nuevas actitudes, se propone la reflexión sobre el lugar que le corresponde al intelectual.

Es necesario tomar en cuenta la influencia que ejerce sobre estos jóvenes el concepto “generación” de Ortega y Gasset. Hay en Latinoamérica una gran receptividad del pensamiento de este autor, quien al darle un sesgo histórico a su reflexión filosófica, ayuda a legitimar el campo intelectual vernáculo.

A comienzos de los 20, las diversas posturas y corrientes intelectuales, abrevan en el concepto de “generación”. La generación es siempre “nueva”, e implica el rechazo de los legados de los antecesores. Así se habla de “nueva sensibilidad” en materia de valores políticos, sociales, éticos y estéticos. Lo nuevo, lo joven, se convierten en valores per se. Hacia finales de la década esta supremacía generacional es revisada, y a veces rechazada, por muchos de sus iniciales representantes.

Los intelectuales de este período reconocen como una preocupación esencial de su actividad, el definirse como tales y asimismo redefinir sus funciones. Su influencia sobre lo social presenta una multiplicidad de variables; por ello, la preocupación política es muy fuerte, al punto que muchos artistas e intelectuales devienen militantes políticos –incluso abandonando la práctica artística o poniendo su obra al servicio del mensaje revolucionario para acceder así, según creen, al mundo nuevo que está naciendo.

La convicción respecto al fin del orden liberal, que parecía haber sido liquidado por la Gran Guerra, desató una muy impaciente búsqueda de alternativas, las que fueron apasionadamente discutidas por los intelectuales de la década, quienes plantearon nuevos contenidos para vocablos tales como antiimperialismo, indoamericanismo, reformismo, revolución, socialismo, problemática nacional. La búsqueda de un reemplazo de lo heredado los incita a bucear en nuevas formas y contenidos, intentando trazar caminos tentativos frente al desconcierto provocado por el colapso europeo, que los había sumido en la perplejidad. Como expresó Henríquez Ureña en 1925: “No es que tengamos brújula propia, es que hemos perdido la ajena”.

Henríquez Ureña ejerció una enorme influencia sobre la visión argentina de la problemática hispanoamericana que se fue consolidando a partir del eco que tuvieron sus grandes síntesis históricas (la más importante *Las corrientes literarias en la América Hispánica*) junto con sus textos programáticos: *La utopía de América* y *Patria de la justicia*.

Se intensificó la preocupación por encontrar claves que unificaran a Latinoamérica en un proyecto común. Posiblemente el aprismo es el movimiento que mejor sintetiza la vocación antiimperialista y la prédica en favor de la unidad política de “Indoamérica”. Su visión del frente de clases liderado por los sectores medios y su carácter movimientista no pudo armonizarse con las propuestas de los Partidos Comunistas latinoamericanos.

En el término “Indoamérica” se reivindica el sustrato indígena a partir de dos vertientes: la recuperación y apropiación de una historia de América que se remonta a las culturas autóctonas, i.e. considera una temporalidad y una historicidad propias, independientes de la cronología de Europa Occidental. Y, por otra parte, afirma una cultura y un pensamiento propios que se corresponden con un desarrollo económico peculiar, en discrepancia con los análisis europeos y europeístas.

El interés desde las ciencias sociales y la cultura por el problema indígena ya aparecía en *Eurindia*, de Ricardo Rojas, obra contemporánea de *Raza Cósmica* e *Indología* de José Vasconcelos.

La idea continentalista de los 20 está, por otra parte, fuertemente marcada por las influencias europeas, sea explícitamente hispanismo y latinismo, como en Rodó, sea el aporte más genérico que caracteriza al pensamiento socialista (incluyendo el marxista). Mariátegui constituye una excepción en este punto.

Desde el punto de vista artístico, los 20 son más originalmente latinoamericanos en el caso del muralismo mexicano y, en cierto sentido, en el modernismo brasileño.

En la Argentina

La guerra le dió a la visión de futuro implícita en el proyecto de los líderes del siglo XIX un desmentido rotundo, ya que la idea misma de civilización y avance incontenible del progreso, había llevado a las sociedades que mejor la representaban a una barbarie sostenida por un desarrollo del conocimiento científico que había creado las armas más letales que el mundo hubiera imaginado. Así, los intelectuales de este período tienen que encontrar nuevas propuestas y alternativas, pero estas son provisorias, se contraponen y a veces se mezclan sin poder establecer líneas de pensamiento claras y definidas como las que habían representado, en su momento, Alberdi y Sarmiento.

En palabras de Halperín Donghi: "...la disolución de esa visión lineal y ascendente del proceso histórico que en el siglo anterior había marcado con su signo la fe colectiva de una Europa en ascenso, y en la Argentina se había encarnado en esa otra fe en el futuro nacional que había alcanzado su formulación más elocuente en la obra histórica de Mitre".²

Terán llama al período entre 1914 y 1930 "crisis del positivismo" y "nueva sensibilidad". Pero señala que ya en los festejos del Centenario, a pesar del optimismo que destilaba la dirigencia argentina, Joaquín V. González, en *El juicio del siglo* expresa dudas sobre el futuro a partir de su descubrimiento del "espíritu de discordia" que parece ser una constante

2 T. Halperín Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, p. 66.

de la historia nacional, y que proyecta sombras sobre el futuro venturoso que parecía al alcance de la mano. González registraba asimismo la indiferencia de las clases más favorecidas por asumir sus responsabilidades sociales. A pesar de todo, en esos momentos, sus conclusiones son optimistas.

En textos posteriores, frente a las nuevas realidades en el país y en el mundo, las ilusiones de González se debilitan sin remedio, ya que, como afirma Terán, su confianza derivaba del viejo legado iluminista, que ponía todas sus expectativas en construir una ciudadanía culta y virtuosa mediante la educación de las masas a partir de un programa basado en la cultura científica y racionalista, pero advertía que ese proyecto había sido destruído por fuerzas ocultas y oscuras de la “Argentina profunda” que no podían ser domesticadas.

El fin de la guerra trajo la esperanza de un nuevo comienzo, que demandaba nuevas estructuras, por ello se profundizaron los debates sobre los rasgos básicos del orden social y económico, en nuestro país y en el mundo. Esas nuevas formas tenían que ser realmente nuevas, porque se rechazaba todo retorno al pasado. La ruptura con los rasgos del período anterior a la guerra, se daba en todos los niveles, no solamente políticos sino también culturales.

Para algunos grupos intelectuales de la nueva generación, el fracaso europeo de la Gran Guerra podía considerarse como la oportunidad de América para asumir un liderazgo civilizatorio ante el mundo, que necesitaba orientación para introducirse en un “nuevo tiempo”.

Entre los protagonistas del debate sobre las nuevas condiciones, aparecen nuevos interlocutores, que anteriormente no podían hacer valer sus opiniones, entre otros, los jóvenes, quienes, como tales, se plantean como alternativa a los fracasos de las generaciones anteriores. En nuestro país, la reivindicación de estos roles se vinculó con una postura progresista, asociada con el movimiento reformista, que iba a tener gran vitalidad en los sectores intelectuales por largo tiempo.

En el mundo occidental la democracia parlamentaria fue rechazada como consecuencia de la crisis del liberalismo. Pero la búsqueda de modelos alternativos llevó en algunos casos a la legitimación de las elites y la

visión aristocrática de la sociedad. Asimismo, también en nuestro país, comenzó una búsqueda de nuevos liderazgos espirituales. En la Reforma Universitaria aparecieron estos temas por lo que algunos de sus protagonistas se consideraron los elegidos a partir de un espiritualismo juvenilista, meritocrático y elitista.

En el *Manifiesto liminar* de la Reforma Universitaria, fechado el 21 de junio de 1918, se pueden encontrar tres rasgos principales que derivan del aporte orteguiano (aunque también aparecen en otros autores): el americanismo, el juvenilismo, el espíritu heroificante.

El movimiento reformista buscaba su definición a partir de diversas influencias, si por una parte es innegable la influencia que ejerce el pensamiento de Rodó, también buscó cumplir roles sociales cuando, por ejemplo, promovió los cursos de “extensión universitaria”. En 1920, al inaugurar esos cursos, el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho porteña publicó un manifiesto con claras referencias a la revolución rusa. La influencia de este fenómeno es muy grande aún en movimientos que no adhieren al comunismo. Otros –como el grupo Insurrexit– que promovía la radicalización del movimiento estudiantil, hacia 1920 considera que la Reforma Universitaria ha fracasado porque no ha podido resolver “la cuestión social”.

Los debates sobre la cuestión social, estaban muy influenciados por la revolución rusa y el fin de la guerra mundial, pero en la década de 1920, las tensiones que habían predominado anteriormente se aquietaron, a partir del proceso de movilidad social que ayudó a construir una imagen de sociedad abierta y móvil. Las dirigencias obreras del período tienden a adoptar posiciones reformistas y a buscar el diálogo con el Estado para plantear sus demandas.

A partir de la reforma del sistema electoral, crecieron los cambios introducidos por la ampliación del voto, pero el sistema político de la democracia representativa no era ya tan deseable, ni en Europa ni en América, como lo había sido en la preguerra. Así surgían alternativas novedosas que planteaban cambios totales, en lo social y también en lo individual, tal era la influencia de la revolución rusa, pero también la alternativa del fascismo, ambos sistemas miraban al futuro.

En Francia, por el contrario, intelectuales liderados por Charles Maurras, se volcaban a una idealización del pasado anterior a la revolución francesa, y esta actitud reaccionaria va a encontrar en España, y también en América Latina, seguidores que idealizan el período medieval como modo de rechazar el presente que les resulta intolerable.

En Argentina, los sostenedores del “régimen” estaban decepcionados, ya que sus expectativas respecto a la reforma electoral se habían frustrado, porque no habían podido crear auténticos partidos políticos que revalidaran el predominio de los sectores dirigentes tradicionales en el nuevo marco democrático. Por otra parte, la reforma no solo no había terminado con, sino que había ampliado las máquinas electorales que continuaban con los métodos de manipulación ya aplicados en el período anterior.

A fines de la década, y con la inspiración de intelectuales nacionalistas antimodernos y antidemocráticos tales como Leopoldo Lugones y los hermanos Irazusta, el ejército puso fin a la experiencia democrática representativa, inaugurando una era de autoritarismo e intolerancia.

Los virajes ideológicos de los consagrados

Terán, al referirse a la crisis del positivismo y el surgimiento de una “nueva sensibilidad”, describe los cambios ideológicos de los dos intelectuales más reconocidos del período, José Ingenieros y Leopoldo Lugones, quienes, a pesar de sus notorias diferencias coincidían en su rechazo al liberalismo.

Ingenieros va a permanecer adherido al credo positivista, aunque, en su libro más conocido –*El hombre mediocre*, publicado en 1913– maneja categorías “idealistas” que no coinciden con el determinismo positivista. Su programa de hecho implica una concepción de la sociedad y una teoría de las élites, formadas por los verdaderos idealistas, “selecta minoría”, que se recluta entre la juventud. Ellos son los que movilizan a las sociedades. Este texto tiene una influencia profunda en el continente, y su

influencia hispanoamericana, según Terán, sólo se compara con el *Ariel* de Rodó.

A partir del inicio de la gran guerra, Ingenieros escribe artículos que luego se publicarán en un libro llamado: *Los tiempos nuevos*. En el artículo en que analiza la guerra (“El suicidio de los bárbaros”) considera que los “bárbaros” son los europeos, cambiando así la tradicional idea que la civilización estaba en Europa y la barbarie en América. Latinoamérica pasa a ser el futuro de los valores de la modernidad y la justicia social que el Viejo Mundo ha traicionado.

En un artículo que escribe en 1918 antes de que la guerra termine, Ingenieros expresa su apoyo a Francia, Bélgica, Italia y Estados Unidos, naciones a las que considera más cercanas a los ideales nuevos, pero también expresa su simpatía por la revolución rusa, a la que justifica como medio de ofrecer mejores posibilidades a las nuevas generaciones.

En mayo de 1918 presenta su análisis del fenómeno revolucionario en una conferencia en la que afirma que su visión sobre el proceso ruso es objetiva ya que no pertenece a ningún partido político, revelando así una actitud muy extendida entre los intelectuales de la época, quienes van a monopolizar la reflexión sobre estos nuevos fenómenos intentando ocupar el vacío producido por el repliegue de la política democrática liberal.

Considera que existe una “democracia funcional en Rusia” que a través de los soviets ha introducido una representatividad por “funciones” que forman parte “natural” de la sociedad diferente de la representación artificial que caracteriza los regímenes dominados por políticos profesionales. Piensa que este proceso es un avance en el desarrollo de la civilización, y tarde o temprano influirá entre nosotros, encarnado en “los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante en toda sociedad”.

Leopoldo Lugones, por su parte, irá adoptando diversas posiciones que culminan en su nacionalismo autoritario y militarista. Aún en sus propuestas juveniles inspiradas por el ideario anarcosindicalista, hasta sus últimas y más extremas posiciones, hay una constante que es su elitismo, ya que mantiene la convicción de que una minoría (del talento, de la

belleza, de la fuerza heroica) debe guiar a las mayorías que tienen que ser tuteladas, pues no pueden decidir por sí mismas.

Antes y durante la guerra, publica numerosos artículos favorables a la causa aliada, y se opone a la neutralidad, debido a que considera que se trata de una lucha entre principios y no un conflicto de intereses. En 1917 se publicaron bajo el título de *Mi beligerancia*, en el que explica las causas de la contienda por un exceso de militarismo y también opina que el germanismo es un retorno de la barbarie.

Ofrece una interpretación de los orígenes del conflicto a partir de su “teoría histórica”, en la cual el cristianismo tiene un rol muy negativo, ya que para él, la civilización europea, de la que formamos parte, enfrenta una lucha permanente entre la libertad pagana contra el dogma asiático de la obediencia, que influyó a los bárbaros del norte para subyugar y destruir al mundo romano. Por eso, Alemania representaría en el siglo XX un retorno de los bárbaros del siglo V. El ingreso de los Estados Unidos en la guerra confirma sus propuestas a favor de una alianza con ese país.

En esta revalorización coincide con las ideas que entonces tenía Ingenieros, y en realidad, una gran parte de los sectores intelectuales que también se ilusionaban con el mensaje pacifista y democrático del presidente Wilson, compartiendo la consigna de que era “la guerra para terminar con todas las guerras”.

Desde fines del siglo XIX las elites argentinas y latinoamericanas habían denunciado a la cultura norteamericana por su asociación exclusiva con los intereses económicos, ignorando los valores espirituales, tal como lo había señalado Rodó en su ensayo *Ariel*. Pero Lugones va a proponer un cambio cuando afirma que los “mercaderes yanquis” están luchando en una guerra por ideales. Y al revalorizar a los Estados Unidos cuestiona a los revolucionarios rusos, quienes, a partir de su interés particular, han ignorado la razón y la justicia al abandonar la contienda.

En el período de entreguerra, la prédica política de Lugones continúa, ahora, con la derrota de Alemania su principal enemigo va a ser el comunismo. En 1919 publica dentro de esta campaña un libro al que titula *La torre de Casandra*, título que define el lugar que considera que ocupa, ya que en la mitología griega Casandra es una sacerdotisa troyana a quien

nadie cree, no obstante la exactitud de sus anuncios. Lugones ya no es escuchado por los miembros de la clase gobernante. Al yrigoyenismo no le interesan los aportes de los intelectuales, y menos aún del tipo de intelectual que es Lugones, completamente extraño al sistema de ideas y valores que representa el nuevo gobierno.

Tampoco puede llegar a los sectores populares. Por lo que toma conciencia de que escribe para una minoría, que no logra individualizar, a diferencia de Ingenieros, que va a buscar a sus lectores entre los miembros de las juventudes idealistas, reformistas y antiimperialistas.

A principios de la década de 1920, Lugones encuentra en el Ejército el núcleo de hombres a quienes va dirigido su mensaje. Así se convertirá en destacado referente del nacionalismo autoritario, al que le brindará su enorme prestigio de autor consagrado.

En 1923 pronuncia una serie de conferencias organizadas por la Liga Patriótica, que fueron publicadas por el Círculo Tradición Argentina como libro bajo el título de *Acción*. Denuncia como amenaza la difusión del pacifismo, que implica una política peligrosa para la defensa de la soberanía nacional. También, aunque reconoce los aportes de la inmigración, advierte sobre la disconformidad y hostilidad de una masa extranjera “invasora” protagonista de las grandes huelgas y que ha importado la discordia.

Propone como recurso salvador un acto de fe nacionalista que reactive el patriotismo como religión. Una muestra práctica de ese patriotismo consistía en expulsar a quienes propagaban las ideologías comunistas.

Al año siguiente, en su célebre “Discurso de Ayacucho”, Lugones confirma que ha encontrado en el ejército al nuevo sujeto político que va a poner en práctica sus ideas y métodos para destruir las amenazas que acechan a la nación.

Sus posiciones autoritarias revelan que cada vez más está influenciado por el vitalismo nietzscheano. En 1925, su libro *La organización de la paz*, cuestiona al presidente Wilson, a quien anteriormente había alabado y rechaza la organización de la Liga de las Naciones, ya que piensa que los países débiles no deben votar en el concierto internacional, como los individuos débiles no deben votar en los comicios nacionales. Ya que los

débiles son más que los fuertes, la democracia nos lleva a la decadencia, y se convierte así en una continuidad con el cristianismo y su cultura de la piedad “que lleva dos mil años de fracaso”.

Las vanguardias estéticas argentinas

Si se compara la obra de los artistas de la década con los movimientos de vanguardia europeos (cubismo, futurismo, dadaísmo, surrealismo), o aún con el brasileño, resultan ser mucho más moderados en sus expresiones, a pesar de sus declaraciones de ruptura. Se ha explicado este contraste señalando la bonanza económica, estabilidad política y movilidad social del período. Una vez que se superaron las consecuencias más negativas de la gran guerra, la desocupación y la creciente conflictividad social (cuyo punto culminante fue la semana trágica de 1919), Argentina recuperó un buen ritmo de crecimiento, por ello, la presidencia de Alvear se ha considerado como una etapa feliz de reconciliación y buenos pronósticos.

Córdoba Iturburu, en su libro *La revolución martinfierrista*, describe a su grupo de pertenencia, advirtiendo que las condiciones sociales y culturales conspiraban contra la posibilidad de actitudes de rebeldía extrema: “Los jóvenes artistas y participantes del movimiento son, en su mayoría, hijos de la burguesía y de la pequeña burguesía. No han vivido como los europeos el infortunio de la guerra y los sobresaltos revolucionarios de la posguerra [...] Todo en la vida del país parece estar en condiciones de resolverse por las vías constitucionales [...] No hay inquietud, no hay desazón, ni descontento, ni siquiera malestar económico”.

El clima social no evitó la existencia de discursos extremos en el ámbito intelectual, pero sí, seguramente limitó la expansión del discurso más extremista. El fundador del anarco sindicalismo, Georges Sorel, había basado su teoría revolucionaria en principios tomados del bergsonismo. El grupo juvenil de la revista *Inicial*, de principios de la década del 20, tuvo una fuerte y explícita influencia soreliana, y a partir de ella sus pro-

puestas serán ideológica y políticamente radicalizadas; podían acercarlos a las posiciones fascistas o bolcheviques, al compartir con ellas el mismo carácter antiburgués, antiliberal y extremista. En esa línea pueden leerse las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt del período 1928-30.

El año 1924 parece un momento emblemático de las nuevas expresiones culturales: aparece la revista *Martín Fierro*, Pettoruti expone en Witcomb, los arquitectos Prebisch y Vautier publican el proyecto de la Ciudad Azucarera tucumana. El Manifiesto de la misma revista proclamaba que “nos hallamos en presencia de una NUEVA sensibilidad”, y desde sus páginas en junio de 1924 Alberto Prebisch expresaba que “el mal que [...] afecta a nuestra cultura nacional, a todo nuestro arte nacional [es su] falta de actualidad”, por lo cual no percibe que “vivimos en una época nueva” que nos ha forjado “una nueva sensibilidad radicalmente distinta a la de nuestra anterior generación”.

Palabras como “generación”, “nueva sensibilidad”, demostraban el impacto producido por el pensamiento de Ortega y Gasset, cuya visita en 1916 había permitido conocer su concepción filosófica, que influyó a pensadores locales. Numerosos intelectuales se reconocían entonces como “neosensibles”.

Esta “nueva sensibilidad” tenía contenidos imprecisos, y fue usada de diversas maneras. Se puede considerar una combinación de ideas y estilos que se unirán para rechazar a la vieja sensibilidad positivista en filosofía, cuyo correlato literario era el realismo.

Los aportes de Ortega se inscribían en el renacimiento espiritualista y antipositivista que se expandió por Europa, desde fines del siglo XIX, y cuyo más destacado representante era el francés Henri Bergson. En la segunda década del siglo XX, entre nosotros, esta corriente crece en importancia asociada a la figura de Alejandro Korn. El núcleo del pensamiento orteguiano era el abandono de la concepción cartesiana basada en una razón abstracta, universal y omnipresente sustituyéndola por la “razón vital”, fusionada con una circunstancia que define la perspectiva que es la de cada comunidad, y asimismo, es generacional. Por eso la misión de cada generación es la de expresar su punto de vista dentro de la

propia realidad. Pero la misión de la juventud, es de una elite, “una fuerte minoría de hombres reflexivos, previsores y sabios”.

Los Martinierristas

En nuestro medio el periódico *Martín Fierro* nucleó jóvenes que irrumpieron en el medio artístico con la intención de renovar profundamente las letras y las artes. Los escritores que se agruparon en torno al periodico muestran una coherencia solidaria que no proviene de la uniformidad de criterios estéticos o políticos, sino que, según González Lanuza, que fue uno de sus miembros, fue sobre todo producto de la habilidad del director, Evar Méndez, quien número tras número lograba una síntesis de los contrarios. Ese director logró dotar de una conciencia colectiva a la empresa, cuyo mayor mérito fue el ejercicio de su vitalidad, con un sentido a la vez serio y lúdico.

Los valores de esta publicación no residen en los méritos exclusivamente literarios de sus artículos, sino en la oportunidad que brindó a muchos autores luego consagrados, de ejercitar su libertad, con agilidad mental y estética, con exigencias de autenticidad, combinada con la actitud irreverente hacia las consagraciones definitivas. González Lanuza, como testigo y participante, afirma que el movimiento martinfierrista existió como tal, sobre todo, porque los que participaron, como él, en la aventura, creen firmemente que existió.

El mayor mérito de *Martín Fierro* fue su impulso dinámico, que hacía gala de desmesura, de ruptura con todos los convencionalismos, pero nada envejece con tanta velocidad como lo que se propone ser moderno, y de todas sus debilidades, esa fue la más evidente.

Los martinfierristas propusieron una ruptura con las instituciones y costumbres del campo intelectual preexistente, por lo que van a enfrentarse con la revista *Nosotros*, que como órgano de consagración y difusión cultural, nucleaba eclécticamente una variada cantidad de autores viejos y también nuevos. Grupos jóvenes se nuclearon alrededor de *Proa*, *Prisma*,

y *Martín Fierro*, y desde otra perspectiva, grupos combativos que ponían el énfasis en lo social, lo hacían en torno a *Los Pensadores* y *Claridad*.

Martín Fierro cumple en este medio una revolución en la literatura que es el único ámbito en el que se ponen en práctica las rebeldías generacionales, que tratan de prescindir del medio en que se desarrollan.

En la década del 20, el modernismo había perdido su vigor. La revista reacciona frente a princesas y cisnes que ya se había convertido en disés. La reacción no es contra Darío sino frente a la reiteración de los fetiches modernistas. Conserva, sin embargo, en común con el modernismo, la valorización no declarada, pero sí practicada, por la poesía.

El martinfierrismo como actitud frente a la literatura y el arte trasciende a la revista *Martín Fierro*, al constituirse en el centro de un grupo generacional, lo caracteriza. Comparte una actitud de apertura frente a lo novedoso, la renovación de las expresiones literarias, la adopción del humor como elemento primordial.

Panorama de la época

Tanto el público como los colaboradores de *Martín Fierro* se sentían obligados a estar al día, las innovaciones en todos los órdenes que se estaban produciendo, sin duda, tuvieron influencia sobre una publicación que se proponía como impulsora de todo lo novedoso.

En 1924 se exponen esculturas de Riganelli, y cuadros de Anglada Camarasa y Fader. Borges ha publicado el año antes *Fervor de Buenos Aires*, y Nalé Roxlo ese mismo año *El Grillo*, Horacio Quiroga, *El Desierto*. Hay conciertos de la Orquesta del Profesorado dirigida por Ansermet.

En 1925 se establece de modo estable el servicio postal aéreo entre Buenos Aires y Río de Janeiro, inaugurándolo un saludo de Santos Dumont. Hay un intento de teatro griego con la representación de *Las Bacantes* y *Fedra* de Eurípides mientras la compañía de Darío Nicodemi con Vera Vergani impacta al público porteño con la novedad del *Ciascuno a suo modo* de Pirandello. La música experimental, como el *Pacific* de

Honneguer, se presenta en algunas salas de concierto, sin lograr muchas adhesiones.

Se construye la Avenida Costanera y también avanzan las diagonales, que destruyen sitios paradigmáticos de la ciudad, tales como el Aue's Keller. La angosta calle Corrientes, se va convirtiendo en un ícono del tango. Ramón Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada unen en vuelo deslumbrante Huelva con Buenos Aires: las azoteas se colman de gente, las calles resultan angostas para contener el gentío que acude a saludarlos en un recibimiento excepcional.

Oliverio Girondo, el autor de *Los Veinte Poemas para ser leídos en el tranvía*, publica sus *Calcomanías*; Norah Lange, su *Calle de la tarde*; González Lanuza, *Prismas*; Ricardo Güiraldes, reedita *El Cencerro de Cristal*, que en 1915 tuvo que tirar a un aljibe ante la incompreensión de su acogida por el público y la crítica. Macedonio Fernández inaugura el estilo de sus discursos en los banquetes.

En 1926 el cine ruso irrumpe triunfal con *El Acorazado Potemkin*, de Einsenstein, y el alemán con *Varieté*. La Nijinska baila en el Colón. Kleiber deleita con *El Amor por tres naranjas*, de Prokofief y *El Retablo de Maese Pedro*, de Falla. Se exponen en Buenos Aires cuadros de Cezanne, de Foujita, de Van Gogh.

López Merino publica *Las Tardes* y José Pedroni *Gracia Plena*. F. T. Marinetti intenta deslumbrar con el *Bombardamento de Andrianápolis*. En los números 30-31 de *Martín Fierro* aparece un título con una llamada que a pie de página indica: novela de próxima publicación. El título así aclarado es *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Un joven llamado Eduardo Mallea publica sus *Cuentos para una inglesa desesperada*.

En 1927 Viau y Zona abren su librería y salón de arte. El sistema ortofónico de grabación eléctrica invade la ciudad con reproducciones calificadas de insuperables. Las obras de Luigi Pirandello van a tener un gran éxito. Y en el Teatro Colón, se escucha la música de Stravinski, Schöenberg y Hindemit.

J. Vignale y César Tiempo organizan *La Exposición de la actual Poesía Argentina*, que resulta una oportunidad para que los jóvenes autores ejerciten su ingenio y sus actitudes desafiantes. Alfonso Reyes llega como

embajador de México ante nuestro gobierno. Ricardo Molinari publica *El Imaginero*.

La revista Martín Fierro

Los casi 4 años de Martín Fierro se dieron durante la presidencia de Alvear “última época feliz de hombres felices”, como la definiría posteriormente Carlos Mastronardi. Alvear dirigió un país en el que aparentemente se regularizaba la democracia, después de superar la crisis económica mundial del 20 al 22. Alvear y los radicales antipersonalistas creían en la efectividad de los planes tradicionales: buena administración y reducción de presupuesto. En realidad fue una tregua hasta la crisis económica y financiera de 1929.

En marzo de 1919 apareció el *Martín Fierro*, luego descripto como Primera Epoca. Solamente se publicaron tres números, pero tuvo gran repercusión. Era predominantemente político y antiyrigoyenista. En los primeros números de la Segunda Epoca se intentó continuar con el enfoque político, pero se abandonó rápidamente al encontrar su verdadera vocación literaria y artística.

La publicación, así como tomó su formato y su nombre de algo ya existente, estuvo muy influenciado por la nueva sensibilidad que representaba el grupo ultraísta, cuyo peculiar humorismo iba a convertirse en uno de los rasgos distintivos de *Martín Fierro*.

En esta época había una gran cantidad de editoriales que, indiferentes al aspecto económico, estaban supeditadas a los impulsos de sus promotores, quienes veían en ellas el medio para intervenir en y orientar la labor literaria. En parte, esto era posible por los bajos costos de papel y de impresión.

Hacia 1918 comenzaron a publicar editores afines a la vanguardia, como Gleizer, que se especializó luego en ultraístas y martinfierristas, y Glusberg, conocido como Enrique Espinosa, fundador de la editorial Babel, quien patrocinaba no solo autores noveles sino también consagrados

como Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga, cuyas obras, sin embargo, no sobrepasaban la cifra de quinientos ejemplares. El propio Evar Méndez se lanzó después a la aventura con dos editoriales.

Samuel Glusberg, ayudó a iniciar el movimiento martinfierrista cuando sugirió a Evar Méndez la reanudación de la hoja satírica del año 1919. Los proyectos se discutían en las mesas de los cafés de Avenida de Mayo o del Richmond de Florida, así como las revistas ultraístas se habían pergeñado alrededor de las del viejo café Hipodrome, escuchando a su orquesta de señoritas. Antes de salir a la calle el periódico, Glusberg ya se había desvinculado porque no estaba conforme con su orientación, aún indefinida en los primeros tres números.

Evar Méndez constituyó un enlace entre las dos épocas del periódico, y así lo plantea cuando introduce la segunda versión, algunos de los artículos iniciales se referían al aniversario de la “semana trágica”, criticaban la política reaccionaria española que no respetaba a Unamuno e incluía una nota de Haya de la Torre, desterrado por el presidente Leguía, del Perú.

Ya en los primeros números los epitafios humorísticos atribuidos a Nalé Roxlo, como la reproducción de algunos de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, de Oliverio Girondo, marcaron una tendencia que contradecía la orientación original, y se fueron haciendo dominantes a partir del cuarto número en el que se corta toda vinculación con los propósitos de los redactores de la primer época.

En el cuarto número de la revista aparece el Manifiesto. Con lo que, según González Lanuza, a partir de este momento se puede hablar del movimiento martinfierrista, ya que los escritores que no coinciden con esta visión, se apartan. Desde el Romanticismo, los movimientos literarios formulaban sus intenciones en un manifiesto, que adelantaba lo que la obra de arte debía ser. Así, se supeditaba la práctica creadora a una teoría. El grupo ultraísta de la revista *Prisma*, había publicado el suyo, redactado por Jorge Luis Borges, en 1922, y en el mismo predominaban las consideraciones de orden estético.

El Manifiesto, escrito por Oliverio Girondo, es una declaración de propósitos y una muestra de posturas desprejuiciadas, que alienta los movimientos renovadores, mostrando una gran confianza en la propia

capacidad de expresión original. No se trata de un programa específico y rígido, sino que el énfasis está puesto sobre la actitud del escritor y del artista, no se asume como vocero de un grupo ideológicamente homogéneo o defensor de una visión estética determinada. Se propone la creación de un público, la modificación del gusto, el avance de nuevas actitudes en la vida literaria.

Más que el contenido, es muy característico su tono agresivo y desafiante, que está inspirado en el primer manifiesto del Futurismo de F. T. Marinetti, el que pasados ya veinte años, estaba en su ocaso. Lo que predomina es la intención dinámica y vital, de demolición del orden constituido. Se define por lo que intenta destruir, no por lo que pretende crear. Lo que es fundamentalmente, una actitud adolescente. Este carácter básicamente negativo es lo que permite agrupar escritores y artistas que, a pesar de que van a manifestar sus disidencias más adelante, se sienten identificados por lo que no quieren hacer.

No hay un poeta indiscutible entre ellos, pero el grupo está constituido por jóvenes que pueden llegar a serlo. El núcleo inicial de autores se amplió con los nombres de Marechal, González Lanuza, Borges, Piñero, Brandán Caraffa, Raúl González Tuñón, quienes se hicieron eco del aire de experimentación que florecía en las literaturas europeas, sumando sus propios ensayos a ese intenso movimiento renovador.

¿Qué tan nueva es la nueva sensibilidad? Por una parte, queda supeditada a la manera tradicional por su deseo de llevarle la contra. En estos momentos, poesía de vanguardia, nueva sensibilidad, son expresiones que tienen un gran prestigio.

Una de las características más efectivas del periódico fue su humorismo. González Lanuza lo relaciona con el impulso dadaísta. En plena catástrofe europea, 1916, como reacción a un mundo que se derrumba, en Suiza, Zurich, protegida por la neutralidad, se produce la subversión de Dadá, que se ríe del heroísmo, de la coherencia y de la razón. Las actitudes nihilistas se habían invalidado por la solemnidad de sus propulsores. El impulso dadaísta llega a nuestro país poco antes de la aparición de *Martín Fierro*, y le va a dar un tono que vivifica su expresión, insólita en

nuestro medio, y que explica su acogida incluso en medios extraliterarios, y su repercusión póstuma.

La publicación estaba muy alerta registrando los cambios artísticos que se sucedían en Europa. Fue el único periódico argentino que se enteró de la muerte de Rilke, el primero en publicar un poema de Pablo Neruda, dió a conocer *Zona* de Apollinaire en traducción de Lysandro Z. D. Galtier, así como poemas de Jules Supervielle o de Xavier de Villaurrutia. Por intermedio de un artículo de Guillermo de Torre, por primer vez en el país se menciona el nombre de tres poetas españoles jóvenes: Federico García Lorca, Rafael Alberti y Gerardo Diego, complementado luego con un panorama de la nueva poesía española. Asimismo fueron presentados los poetas de México, tales como Alfonso Reyes, Salvador Novo, etc.

Una de las encuestas de *Martín Fierro*, intentaba registrar la existencia de una mentalidad y una sensibilidad argentina, inquietud por la identidad nacional que convivió en el periódico con la apertura hacia las corrientes de vanguardia, de procedencia preferentemente europea.

Cuando *La Gaceta Literaria* de Madrid, muy leída en Buenos Aires, en un editorial propone designar a Madrid, Meridiano Intelectual de Hispano América encuentra en el periódico respuestas de toda índole por su tono y por su forma, pero coincidentes en el rechazo neto y sin atenuantes. En los Números 42 y 44-45 la repulsa es absoluta, desde la insolencia deliberadamente disparatada hasta la sesuda consideración doctrinaria.

Martín Fierro se propuso cubrir la totalidad del arte, dedicándose a la crítica simultánea de música, artes plásticas y literatura. Pero como predominan los escritores en su núcleo inicial lo literario es central. La crítica musical se ejerce esporádicamente, y en su inmensa mayoría, está dedicada al comentario de obras extranjeras ejecutadas por concertistas extranjeros.

Honneger y Ansermet parecen constituir toda la música contemporánea digna de ser tenida en cuenta.

Hacia sus últimos números descubre a Gershwin y al jazz, y el blue. Hizo la apología del fonógrafo bajo el deslumbramiento de la recién llegada grabación ortofónica, que convierte a Evar Méndez en apasionado discómano.

La actitud virulentamente crítica de Martín Fierro en materia musical relativa a nuestro país, se encaminó a denunciar el estancamiento de nuestro Conservatorio Nacional de Música y el estado de cosas en el teatro al que, socarronamente, llamaba Cristóforo Colombo.

Hay un interés progresivo por los problemas de la pintura y la arquitectura, no solo en los artículos dedicados a esas actividades, sino también por el incremento constante de reproducciones de obras modernas que aparecen en sus páginas. Tales reproducciones suelen ser muy deficientes por el procedimiento gráfico empleado, salvo en los pocos números tirados en papel ilustración, y ello dificultaba poder convencer al público.

A partir de los números 5-6 se observa una unidad de orientación en materia de artes plásticas ligada al nombre rector de Alberto Prebisch. Aunque no es el único, es el guía en esta materia, apoyó calurosamente la obra de Pettoruti, Curatella Manes y todo esfuerzo renovador que rompiera con el aislamiento provinciano de los museos y las salas de exposición nacionales. Sus preferencias son más netas en materia de arquitectura, junto con Vautier, donde sigue muy de cerca las enseñanzas de Le Corbusier.

La crítica sistemática de todos los salones nacionales de pintura y escultura realizados durante la vida de *Martín Fierro*, es ejercida por el mismo Prebisch, siempre con el mismo rechazo hacia los falsos valores consagrados, y con la misma actitud comprensiva para quienes pugnaban por encontrar su propio camino. Sus más violentas diatribas se dirigen contra la inoperancia y el abandono de la dirección de nuestro Museo Nacional de Bellas Artes, lo que no produce ecos en las esferas oficiales.

Florida vs. Boedo

En el muy discutido enfrentamiento entre Florida y Boedo, *Martín Fierro* fue el representante de Florida, en la época en que esa calle era todavía símbolo del lujo y del buen gusto del "centro" porteño. Boedo, en cambio, simbolizaba el suburbio y el proletariado. La disputa, que

fue literaria, se planteó en términos de la lucha de clases, aún cuando la mayoría de los miembros de ambos grupos, pertenecían a los diversos niveles de las clases medias.

Algunas de las polémicas más resonantes, alcanzaron una repercusión muy intensa en el ambiente literario de la época. En especial, la que desencadenó Roberto Mariani cuando publicó una carta en el propio *Martín Fierro*, del que luego fue colaborador asiduo, acusándolo de extranjerizante, poco criollo, y obsecuente ante las veleidades fascistas de don Leopoldo Lugones.

En sus respuestas a Mariani, los colaboradores del periódico enfatizaron la contradicción en que incurrieron quienes reclamaban una mayor identificación nacional a partir de lecturas de malas traducciones de Zola o Dostoievski. Al ataque proveniente de un periódico que se llamaba *Extrema Izquierda*, se le respondía que la extrema izquierda en política, suele ser de extrema derecha en materia estética. *Martín Fierro*, a partir de su cuarto número, fue honestamente apolítico. Entre sus colaboradores había personas de las más diversas tendencias. Políticamente, quienes hablaban en nombre del grupo de Boedo eran mucho más definidos.

Según González Lanuza, por parte de *Martín Fierro*, asumido como representante de Florida, la lucha fue más bien defensiva, predominando en cambio la ofensiva por el lado contrario. Durante lo que pudo haber durado la refriega, por el bando de Boedo se sucedieron las publicaciones más o menos efímeras. Con el tiempo transcurrido, se tiende a dar a la pugna unidad de acción, de tiempo y de lugar que no tuvo, con el agravante de que entonces la tolerancia política era muy amplia. Hoy no se concebiría que en un periódico literario escribieran las mismas personas que colaboraban en otros desde los que se lo atacara. En *Martín Fierro*, eso podía ocurrir: una hermandad intelectual fundada sobre una diversidad de convicciones políticas.

Aclaración

MARTIN FIERRO declara una vez más su carácter absolutamente “no-político”, y mucho menos político-electoral o de comité: politiquero. Nada tiene que ver este periódico ni quiere interesarse por ningún partido político de

los que actúan en el país; está por encima de ellos, porque, por sí mismo, constituye un partido superior, enteramente desinteresado de cuestiones materiales y propulsor íntegro, de la cultura pública. Sus redactores militarán donde les cuadre, practicarán las ideas políticas, sociales, económicas, filosóficas que quieran, serán yrigoyenistas, alvearistas, melo-gallistas, comunistas y hasta neo-católicos, pero no solo no difundirán sus ideas en sus columnas (ni política ni religión) sino que en ninguna forma permitirá Martín Fierro que lo comprometan, o giren, o embarquen en su credo, contradiciendo su línea de conducta y su programa; y ni siquiera que se llegue a sospechar que decline sus miras: las más orgullosas y pretenciosas que sea dable imaginar en cuanto a pureza de intenciones en el dominio del arte.³

Beatriz Sarlo afirma que no puede confundirse el tránsito o la doble presencia de escritores como González Tuñón o Amorim en Florida y Boedo con una ausencia de oposiciones. Considera indiscutible la existencia de dos posiciones polares frente al compromiso de la obra con la realidad y su función; rechaza la postura de González Lanuza, quien minimiza el enfrentamiento.

No se trató solamente de una disputa literaria. En esa época se enfrentaban la “gratuidad de la literatura” y la “literatura social”, Florida y Boedo representaban esos dos términos. Partían de orígenes ideológicos disímiles. El conflicto residía en las dos alternativas del hecho literario: estructurar relaciones o interrumpirlas con lo histórico, lo social y lo político.

En 1927, con el número 44-45, *Martín Fierro* dejó de aparecer. Se había planteado un conflicto entre el director Evar Méndez y un grupo bastante numeroso de colaboradores, quienes pretendían el apoyo del periódico a la segunda candidatura presidencial de Yrigoyen; ante el peligro de escisión, el director prefirió suprimir la publicación.

El apoliticismo era una de sus claves; la realidad como entorno que permitía experiencias lúdicas e indiscutiblemente vanguardistas estaba imponiendo nuevas realidades, y la contradicción provocó la muerte de *Martín Fierro*, antes de que adviniera su cansancio. Porque, también cabe

³ En Adolfo Prieto, (Selección y prólogo) *El periódico Martín Fierro*. pp. 35-36

señalar que en el transcurso de sus 45 números, la nueva sensibilidad que representaba, dejó de ser nueva y sus disonancias pasaron a formar parte de lo admitido en el ámbito artístico.

Con el correr de los años, a medida que crecía el prestigio de muchos de los colaboradores de *Martín Fierro*, la publicación fue tomando ciertos visos legendarios en la literatura argentina contemporánea.

Conclusiones

La crisis del liberalismo y el ocaso de la cultura científica que había sido el centro de irradiación del positivismo, abrió una etapa de incertidumbre, en occidente en general y en Argentina en particular. Los intelectuales buscaron encontrar nuevas alternativas, a partir de múltiples influencias.

Las tendencias antipositivistas en filosofía se asociaron con la valorización de la juventud y de los rasgos de novedad y espiritualismo que la caracterizaban. Este impulso juvenilista, fue también reforzado por la concepción del valor generacional que introdujo Ortega y Gasset en el mundo de habla hispana.

Por ello el movimiento de la Reforma Universitaria que se produjo en Córdoba, tuvo ecos notables no solo en nuestro país sino en toda América Latina, ya que resultó ser una puesta en práctica de esas ideas que, sin una definición muy precisa, habían creado una atmósfera de participación y compromiso entre los estudiantes universitarios.

Este movimiento es resultado de una multiplicidad de influencias en muchos casos contradictorias entre sí. Algunos rasgos de su ideario derivan del pensamiento de Rodó, otros abrevan en Ortega y Gasset, y por otra parte, la revolución rusa, con sus promesas de futuro, está muy presente, por lo que no puede definirse una síntesis ideológica clara y precisa del proyecto.

Esta indefinición se prolonga a lo largo de la década de 1920, las corrientes de la izquierda democrática y antiimperialista van a mantener

elementos arielistas, espiritualistas y juvenilistas, que aparecen, por ejemplo, en *Proa*; una revista fundada en 1924 que compartía con la Reforma la idea de la proyección continental latinoamericana.

La revolución rusa no solo influenciaba a los comunistas, sino que alcanzaba a un espectro ideológico mucho más amplio que incluía a estudiantes e intelectuales que sin definición precisa, tenían muchas expectativas favorables respecto a su futuro.

Indiferente a los compromisos político-ideológicos, aparece la revista *Martín Fierro* con una propuesta inspirada en el modelo de las vanguardias europeas. Se la ha definido como una vanguardia ecléctica. Como órgano de difusión cultural se propuso, y en cierta medida lo logró, conectar a nuestro país con la dinámica cultural de las grandes capitales del mundo, postulando una literatura distinta, una poesía renovada por la valorización de la metáfora, la incorporación del absurdo, junto con el interés por otros aspectos de la expresión artística, como la pintura, la arquitectura y la música, desde una perspectiva innovadora.

En la polémica con Boedo, el rechazo a la literatura de contenido social que practicaba ese grupo, se debía a que esa producción estaba dominada por el estilo ultranaturalista, que había sido superado por nuevas formas de expresión desde tiempo atrás.

Su propósito de crear un ambiente literario, y reformar la sensibilidad, no modificaba las condiciones de existencia de los intelectuales. Aunque cuestionaba las instituciones culturales, el sistema de premios, el teatro comercial y la crítica periodística, sus intentos de ruptura no eran tan extremos, al punto que los primeros números de la revista fueron elogiados por *La Nación*, *La Prensa*, *Crítica*.

Martín Fierro, a pesar de su fascinación por lo nuevo, no logró producir en la revista un texto crítico o programático realmente alternativo. Por ello, podemos considerarlo como un acabado ejemplo de las limitaciones de un proyecto de ruptura total con el pasado, que se consume en el rechazo de lo precedente sin poder construir una alternativa válida hacia futuro.

En términos más amplios, durante la década de 1920, los intelectuales que pretendían explicar y explicarse el mundo cambiante en el que les

tocaba vivir, encontraron diversas alternativas para encauzar su pensamiento, desde las propuestas que reclamaban un compromiso activo con la acción política hasta las consignas del “arte por el arte” que rechazaban cualquier condicionamiento social del quehacer artístico.

Estas alternativas no ofrecían una clara definición programática, ya que eran de contornos difusos, pero a partir de la indagación y la experimentación constantes buscaban nuevos horizontes partiendo del supuesto que la acción de la juventud iba a crear un mundo mejor. Esas expectativas mostrarían su precariedad en la década siguiente. *é*

Bibliografía

Ansaldi, Waldo y Funes, Patricia. “Viviendo una hora latinoamericana. Acerca de rupturas y continuidades en el pensamiento en los años veinte y sesenta”. En *Cuadernos del CISH* – Centro de Investigaciones Socio Históricas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata – 2do semestre, 1998.

Gonzalez Lanuza, Eduardo. *Los martinfierristas*. Ediciones Culturales Argentinas. Ministerio de Educación y Justicia. Biblioteca del Sesquicentenario. Colección Movimientos Literarios. Buenos Aires, 1961.

Halperín Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino IV. Ariel. Historia. Buenos Aires, 1999

Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1978

Prieto, Adolfo, (Selección y prólogo) *El periódico Martín Fierro*. Colección “Las Revistas”. Editorial Galerna. Buenos Aires, 1968.

Sarlo Sabajanes, Beatriz, *Martín Fierro (1924-1927)* Antología y Prólogo. Carlos Pérez Editor. Buenos Aires, 1969.

Terán, Oscar (coord.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Siglo Veintiuno editores Argentina. Buenos Aires, 2004.